



Estudios de Asia y África
ISSN: 0185-0164
reaa@colmex.mx
El Colegio de México, A.C.
México

Ríos, Xulio
Xinjiang: argumentos para una crisis
Estudios de Asia y África, vol. XLV, núm. 1, enero-abril, 2010, pp. 171-193
El Colegio de México, A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58620928006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

XINJIANG: ARGUMENTOS PARA UNA CRISIS

XULIO RÍOS

Director del Observatorio de la Política China¹

La crisis que se desató el 5 de julio de 2009 en la capital de la región autónoma uigur de Xinjiang, Urumqi, “la ciudad más próspera de Asia Central”, dejó un saldo de casi 200 muertos, en su mayoría de nacionalidad han, así como varios miles de heridos y detenidos. Además de causar grandes daños materiales, esta crisis nuevamente puso sobre la mesa de la política china el tema de las nacionalidades minoritarias. Dos días después, miles de han, mayoritarios en Urumqi, se manifestaban para clamar venganza contra los uigures.

Este “estallido” de violencia, similar al que ocurrió en Tíbet el 14 de marzo de 2008, obligó al presidente chino Hu Jintao a suspender su participación en la reunión del G-8 durante su visita en Italia y a regresar anticipadamente a Beijing para reunir al Comité Permanente del Buró Político del Partido Comunista de China (PCCh en adelante), la máxima autoridad de gobierno de ese país.

Hu Jintao sabe bien la gravedad y el alcance que pueden llegar a tener los disturbios de naturaleza étnica. En 1989, le tocó vivir las manifestaciones de marzo en Lhasa, mientras fungía como secretario del partido en Tíbet. En aquel entonces, Hu se había convertido en el primer ciudadano puesto al frente de la región, y siguiendo el antecedente de todos los militares que le habían precedido en el cargo, no dudó en implantar la ley mar-

¹ Véase www.politica-china.org

cial, y ordenar la represión de la revuelta y la detención de todos sus cabecillas. Se estima que entonces murieron unos 40 tibetanos como consecuencia de los disparos del ejército. Actualmente, Hu Jintao se ha convertido en promotor y defensor de la “armonía”. Pero la tensión en Tibet y Xinjiang parece obstinarse en hacer esto imposible, con el agravante de que las protestas no sólo se dirigen contra el gobierno y su política, sino que también desembocan en brutales enfrentamientos con los integrantes de la nacionalidad han, con una abrumadora mayoría en todo el país.

El origen inmediato de la crisis se ha relacionado con una riña registrada el 26 de junio en la fábrica de juguetes Xuri, en la provincia meridional de Guangdong, donde dos uigures perdieron la vida y otros más resultaron heridos.² La oposición en el exilio —denuncia la versión oficial— magnificó y manipuló el incidente, elevando el número de muertos y divulgando fotografías falsas. Esto sirvió como el detonante de la indignación de los uigures, que a su vez dio paso a los disturbios. Tres meses después de aquellos hechos, el pasado 23 de septiembre, se anunció la detención de 11 personas involucradas en esa pelea, que aparentemente fue ocasionada por una desmentida agresión sexual de los uigures hacia una chica han.³

La versión uigur de lo acontecido en julio aduce que todo se debió a la impetuosa represión de una manifestación de su comunidad que se llevaba a cabo de forma pacífica; en ella se exigía asumir responsabilidad por la violencia interétnica en Guangdong.⁴ Una semana después de los incidentes, el PCCh dictó una resolución contundente en la que amenazaba con la destitución fulminante de todos aquellos responsables que no manejaran adecuadamente las protestas masivas y cuya actitud exacerbaba la situación.⁵

En Xinjiang, que ocupa una sexta parte del territorio de la República Popular China, conviven numerosas nacionalidades y la uigur, la han y la kazak son las más importantes. La movi-

² Xinhua, 7 de julio de 2009.

³ Xinhua, 23 de septiembre de 2009.

⁴ AFP, 6 de julio de 2009.

⁵ Xinhua, 12 de julio de 2009.

lidad propiciada como consecuencia de la política de reforma y apertura (1978) ha facilitado los desplazamientos en busca de mejores oportunidades de empleo, negocios y educación no sólo entre las áreas urbanas y rurales de Xinjiang, sino también entre Xinjiang y otras zonas del país. Como consecuencia, en el año 2000, en Xinjiang se registró la presencia de 55 de las 56 nacionalidades oficialmente reconocidas en China; los jino son la excepción.

La cultura ancestral uigur, que tiene una fuerte influencia religiosa, es muy diferente a la cultura han. Los uigures hablan en su propio idioma de origen turco, profesan la fe musulmana sunita y raramente han secundado los extremos. Sin embargo, la política aplicada por China en los últimos años, ejecutada a ciegas por las autoridades locales y sin otra visión de desarrollo más que la exhibida en las zonas costeras del país, ha agravado las tensiones y radicalizado sus protestas.

Los uigures temen la repercusión de la presencia han en su forma de vida. Por ejemplo, la destrucción que se lleva a cabo en Kashgar, capital del sur de Xinjiang, transmite socialmente la idea de que el objetivo último de la “modernidad”, impulsada por las autoridades chinas, no es otro que el de acorralarlos y acabar con su cultura. Además, claro está, de hacer frente a los problemas de seguridad, lo cual sugiere que el entorno urbano es difícil de controlar. Asimismo, las subvenciones oficiales otorgadas a los residentes que deciden abandonar sus casas debido a la política de demolición-reconstrucción, puesta en marcha bajo la excusa de mejorar la capacidad de resistencia de las construcciones ante los terremotos, está acabando con la fisonomía tradicional del lugar y con un valioso patrimonio cultural universal. Esta situación no puede más que enervar los ánimos de los uigures que son conscientes de la necesidad de proteger su identidad.⁶

Por ello, es comprensible la frustración que ha surgido entre las poblaciones locales, que no coinciden con las acusaciones sobre la “injerencia exterior” como la clave explicativa de lo ocurrido. Se trata de una dislocación que, por otra parte, se

⁶ Como pude comprobar personalmente en septiembre de 2009, la reconstrucción de las viviendas demolidas en Kashgar no respeta la estructura original.

exacerba debido a la manera en que se da difusión al conflicto: *los uigures agreden a los han*. En esas condiciones, resulta difícil establecer un marco mínimo propicio para el diálogo intercultural. El partido niega el problema (no existe la sinización), la policía reprime a los disconformes, y toda la responsabilidad recae en Rebiya Kadeer —al frente del Congreso Mundial Uigur (CMU) con sede en Munich, Alemania—, quien a su vez niega haber instigado la violencia.

A raíz de los disturbios, el gobierno chino ha publicado un Libro Blanco titulado *El progreso y el desarrollo de Xinjiang*; es un compendio orientado a destacar las bondades de su política y en el cual no cabe ningún ejercicio de autocrítica.⁷ Por ejemplo, cita que entre 1950 y 2008, Beijing ha invertido 390 000 millones de yuanes en Xinjiang, más de la cuarta parte de la inversión total en la región. El valor global de la producción del año pasado ascendió a 420 300 millones de yuanes. El ingreso neto per cápita de los campesinos de la región ha llegado a 3 503 yuanes, 28 veces superior en comparación a los primeros días de la reforma y apertura al exterior. El ingreso disponible de los residentes urbanos es de 11 000 yuanes, con un aumento de 35 veces en comparación al año 1978. La vivienda, la asistencia médica, la educación, los servicios culturales y el nivel de vida en general han mejorado en un 100%, apostilla finalmente, al igual que la esperanza de vida. La población pobre se ha reducido a la mitad, la cual llegaba a 2.5 millones a finales de 2008. En la renta per cápita, Xinjiang ocupa la posición número 11 en el nivel provincial y dispone de una red de carreteras, ferrocarriles y transporte aéreo que conecta a casi todos los distritos y poblados de la región; por tanto, Xinjiang es considerada un punto de enlace nodal que comunica al mercado chino con los mercados del continente euroasiático.

Para el gobierno chino, la unidad étnica y la estabilidad social deben estar indisolublemente unidas. Esta forma de defensa se ampara en una política basada oficialmente en el reconocimiento de las diferentes nacionalidades y en el establecimiento de las garantías para el ejercicio de derechos iguales en todos

⁷ Xinhua, 21 de septiembre de 2009.

los ámbitos. De este modo, la preponderancia tradicional de la nacionalidad uigur en Xinjiang es reconocible en la propia denominación oficial de esa región autónoma.

Las causas del descontento

La inmigración han

Una primera causa del descontento en esta región es la inmigración han. En 2008, la población total de Xinjiang ascendía a 21 308 millones de habitantes, de los cuales los no han sumaban unos 12 945 millones, es decir, 60.8% del total. Sin embargo, el porcentaje de población de cada nacionalidad en sus asentamientos tradicionales ha disminuido, a pesar de que la población de casi todos los grupos étnicos sigue creciendo. En Urumqi, los han suman dos tercios, mientras que en Xinjiang, los uigures representan aproximadamente 45% de la población.⁸

Los cuadros

De acuerdo al Libro Blanco, de los 542 diputados de la actual Asamblea Popular de Xinjiang, el número de diputados de nacionalidades minoritarias supone el 65.5%, es decir, una proporción cuatro puntos porcentuales por encima de la población étnica de la región. Asimismo, enfatiza que esos diputados suman un total de 13 nacionalidades minoritarias.

Además, China asegura que los funcionarios de nacionalidades minoritarias, que en total suman unos 2.8 millones,⁹ disfrutan de igualdad de oportunidades y de un idéntico papel activo en los asuntos políticos. Desde 1990, reciben ofertas para trabajos temporales por seis meses en los departamentos del gobierno central y de las provincias costeras más desarrolladas. En un año, alrededor de 200 personas se pueden beneficiar de este programa. Conforme algunas versiones oficiales, en Xinjiang

⁸ Véase *Aujourd'hui la Chine*, en <http://www.aujourdhuilachine.com/>

⁹ Xinhua, 20 de julio de 2009.

había 3 000 funcionarios que pertenecían a minorías étnicas en 1950 y otros 46 000 para 1955, cuando se creó esta región autónoma. Hoy día, son 348 000, es decir, 52% del total, cerca del 86% en el nivel distrital y municipal, y 55.36% en el nivel regional. No obstante, el problema radica en que el poder real está en manos de los han.

La religión

La mayor parte de los integrantes de las diez nacionalidades minoritarias más numerosas de Xinjiang, es decir, unos 11.3 millones de personas, profesa el islam. Según fuentes oficiales, el número de mezquitas ha pasado de 2 000 en 1978, a más de 24 000 en la actualidad, y el número de clérigos ha ido de 3 000 a 28 000, de acuerdo con el Libro Blanco. El gobierno central ha invertido millones de yuanes en los últimos años en la reparación de los monasterios y mezquitas principales de Urumqi, Yining y Hetian. Entre 2001 y 2008, la Escuela Islámica de Xinjiang capacitó a más de 20 000 clérigos. El gobierno regional incluso ha patrocinado el envío de clérigos a colegios y universidades de Egipto y Pakistán, con el propósito de mejorar el nivel de los imanes, hatips y otros maestros.

Después de varias décadas de un comunismo resueltamente ateo, e incluso de una violenta represión durante la Revolución Cultural (1966-1976), las autoridades han dejado un espacio a la religión y a las diferentes creencias religiosas, si bien siempre bajo control político. Los templos reviven y los fieles y los monjes renuevan sus tradiciones ancestrales. Según la prensa oficial, hoy habría en China unos 300 millones de personas que siguen alguna confesión. El Buró de Asuntos Religiosos informa de unos 100 millones de creyentes.

El PCCh no prohíbe las prácticas religiosas, pero, sin duda, las observa con desconfianza, considerándolas una actividad que distrae a los ciudadanos de su compromiso patriótico o que puede llegar a cuestionar su legitimidad o el monopolio político que ostenta. El gobierno sigue de cerca la religión, tanto en lo que se refiere a su práctica, como al nombramiento del clero y la traducción y edición de libros sagrados. En Xinjiang, los

cuadros del Partido, los empleados del gobierno, los estudiantes y los profesores no están autorizados para practicar ninguna actividad religiosa. De todos modos, donde no existe tensión entre los han y las minorías, tampoco la religión es un problema. Donde la hay, se presiona porque es un factor diferenciador de la identidad.

El idioma, la cultura y las costumbres

La política oficial enfatiza que más del 70% de las publicaciones en Xinjiang utilizan los idiomas de las nacionalidades minoritarias. El gobierno protege las costumbres y el folclor de las respectivas etnias, y en todos los niveles de los medios de comunicación asegura su presencia, oponiéndose a cualquier tipo de privilegio. No obstante, se reconoce ahora como un problema la inexistencia de folletos jurídicos en los idiomas de las nacionalidades minoritarias, y que la promoción de una educación bilingüe, con una importancia progresiva y creciente del mandarín sobre las demás lenguas, puede ser mejorada. Si un uigur no tiene un buen nivel de chino, tropieza con enormes dificultades para encontrar empleo, lo cual convierte la política educativa en un poderoso factor de sinización. Por otra parte, aquellos artistas que se abstienen de participar en las redes folclorizantes promovidas desde el poder son víctimas inevitables de la marginación.

En lo que se refiere al empleo, una reciente instrucción del gobierno central, posterior a la crisis de julio, obliga a las empresas a contratar personal local en un porcentaje que no sea inferior al cincuenta por ciento.¹⁰ Por tanto, todas las empresas establecidas en Xinjiang y aquellas que inicien proyectos en la región están sujetas a esta nueva política, que contará con subsidios del gobierno regional del 50% en las cuotas de pensiones durante tres años. Los uigures deben encontrar trabajo en su tierra. Ésta es la solución propugnada por Rebiya Kadeer desde hace tiempo, algo que no venía sucediendo y que ahora se intenta corregir.

¹⁰ Xinhua, 27 de septiembre de 2009.

El panorama del empleo en Xinjiang, especialmente para las minorías étnicas, es habitualmente desolador. La tasa oficial de desempleo en las zonas urbanas (en 2008) es de 3.7%, pero en las zonas rurales es mucho mayor y los ingresos son más reducidos. En 2006, la exportación de mano de obra a las zonas de la costa, primero desde el distrito de Jiashi, en el sur de Xinjiang, y después de todo el territorio, ha llevado a miles de uigures a trabajar en otras regiones del país. En 2008, ciertas fuentes oficiales mencionan que ésta es la situación de 250 000 personas. Los uigures critican que 60% de los migrantes son mujeres y que muchas de ellas acaban en la prostitución, mientras que otra buena parte no tienen intención alguna de regresar. La emigración uigur, por otra parte, es considerada, en ocasiones, como una amenaza sobre el empleo de los han, lo que ocasiona conflictos. En realidad, nunca llegan a mezclarse entre ellos y viven en mundos separados.

Por último, cabe mencionar la insuficiencia autonómica. La voluntad de control asfixia cualquier hipótesis de autonomía política sustentada en el ejercicio del autogobierno por parte de la población uigur, la cual se encuentra fuertemente mediada por el poder han. A lo sumo, el poder está dispuesto a facilitar un cierto nivel de desarrollo económico, a cambio de la renuncia a las reivindicaciones políticas. Ninguna de las cinco regiones autónomas chinas dispone de normas legales que detallen sus capacidades y competencias, a pesar del auge legalista que China vive en los últimos años y que ha infravalorado la relevancia de esta cuestión.

La reacción de las autoridades chinas

¿Cómo es posible que en una región tan estrechamente vigilada por militares, paramilitares y fuerzas de reserva, con unos 20 000 efectivos en total, todo tipo de bandas puedan campar a sus anchas durante 48 horas continuas, empeñadas en matar e incendiar todo a su paso? No faltan argumentos para la teoría de la conspiración con vistas a debilitar a Hu Jintao y a condicionar su papel en la inminente sucesión del liderazgo. De hecho, según algunas revelaciones del semanario de Hong

Kong, el *China Weekly*, un periodista iugur, Heyrat Niyaz, alertó a las autoridades, dos semanas antes de los disturbios, acerca de la inminencia de un conflicto.

El control del tráfico en ciertas áreas de la capital y en todos los accesos de las principales ciudades de Xinjiang, así como la presencia militar y policial reforzada fueron elementos que complementaron la interrupción del servicio de Internet, que tres meses después permanecía bloqueado, así como el de mensajería instantánea (MSN) y las llamadas internacionales, todo ello con el objeto de impedir su utilización para organizar más disturbios.

La “mano de hierro” con que las autoridades amenazaron para frenar la rebelión incluía “ataques preventivos” contra los considerados enemigos, la prohibición temporal de rezar en las mezquitas y el aumento del control de la residencia, además de la imprescindible propaganda (camiones con megafonía, carteles, videos en los almacenes, en los cines, en la TV, fotos de Rebiya Kadeer y el Dalai Lama como antítesis de la seguridad, el desarrollo, la estabilidad, la felicidad...). La oposición denuncia unos 10 000 desaparecidos, ciertamente difícil de constatar.

A diferencia de lo ocurrido durante la crisis tibetana de 2008, las autoridades reaccionaron con gran celeridad para informar de lo ocurrido en Urumqi, pero no tanto en otras ciudades como Kashgar, Aksu, etcétera, donde también hubo manifestaciones y altercados, aunque sin víctimas. Pasadas 48 horas desde los incidentes, los medios extranjeros podían moverse con relativa libertad por la capital de la región. La cobertura fue abierta, lo que permitió también hacer pasar su mensaje y su versión con más facilidad a través de los medios internacionales, ganando así credibilidad frente al escepticismo que siempre generan las informaciones fabricadas en los medios chinos, debido a su extrema dependencia del poder. La apertura informativa del primer momento tampoco estuvo presente en la represión posterior. De hecho, varios periodistas de Hong Kong fueron vapuleados sin piedad mientras cubrían los incidentes de septiembre en la capital.

Durante la visita que el presidente Hu Jintao realizó a Xinjiang a finales de agosto, donde por primera vez efectuó declaraciones públicas al respecto desde su regreso anticipado de

Italia, el mensaje oficial sorprendió por su aparente carácter inamovible, que insistía en promover el desarrollo y la estabilidad. El principal problema de Xinjiang, dijo Hu, no es el separatismo étnico, sino el desarrollo económico.

Dos meses después de los incidentes, los han se manifestaban en Urumqi para exigir más seguridad frente a los ataques de los uigures, quienes armados con agujas hipodérmicas, sembraban el pánico en la ciudad. Nuevamente, hubo cinco muertos. Por primera vez, la reacción no fue sólo administrativa (reforzamiento del control del tráfico de productos químicos tóxicos, sólo dispensables con autorización policial) sino también política; dos responsables del Partido en la capital fueron cesados con el objeto de acallar las protestas. La suspensión del Secretario del PCCh en Urumqi, Li Zhi, quien fue nombrado en noviembre de 2006, abrió un compás de tiempo a favor del futuro político del jefe del PCCh en la región, Wang Lequan. Originario de Shandong, miembro del Buró Político desde 2002 y aliado de Hu Jintao, Wang Lequan ha estado al frente de Xinjiang desde hace 15 años, y muchos le reclaman su inmediata dimisión, al igual que al presidente de la región autónoma, el uigur Nur Bekri.¹¹

El poder central y el regional tienen, sin duda, una clara responsabilidad política en lo sucedido por no haber previsto esta situación, posiblemente manejada por fuerzas extremistas, pero minoritarias. Culpar a la oposición en el exterior, utilizándola como chivo expiatorio, elude una cuestión básica: la mayoría de los uigures exige que se respete su cultura y su religión, rechazando las discriminaciones de que son víctimas; pero la fractura es social y étnica más que religiosa. Desviar la atención sobre lo religioso o lo cultural servirá poco para avanzar en las soluciones que mejoren la convivencia.¹²

Al margen del poder, sorprende la reacción de un amplio sector de la intelectualidad china que, en su inmensa mayoría

¹¹ Xinhua, 7 de septiembre de 2009.

¹² En una conversación con los responsables del Instituto de Etnología y Antropología de la Academia de Ciencias Sociales de China, ellos han reconocido cierta torpeza de las autoridades locales, incluso a la hora de gestionar el desarrollo económico debido a la supuesta fascinación causada por el esplendor costero usado como paradigma y modelo a imitar. Esta percepción no se comparte a nivel central.

y con escasos matices, ha cerrado filas en torno al gobierno, adhiriéndose al patriotismo y condenando una influencia extranjera que no tendría otro objetivo que incitar la violencia y dar alas al separatismo con el propósito de desestabilizar el país e impedir que prosiga su camino al renacimiento.

La importancia de Xinjiang para China

Xinjiang, con un fragmento de su territorio que vivió una experiencia autónoma como Turkestán oriental entre 1930 y 1949, es rica en petróleo, gas y recursos minerales. Es una provincia de gran importancia estratégica, ya que tiene unos 5 000 km de frontera con un total de ocho países, incluyendo a Afganistán —hoy con fuerte presencia de la OTAN— y los países musulmanes de la ex URSS, como Kazajistán, Tadjikistán y Kirguizistán. Esa circunstancia y la estrategia de desarrollo de las regiones del oeste, iniciada con el presente siglo, le han provisto de grandes inversiones en los últimos años, pero también ha activado un proceso de colonización intensiva que ha modificado el equilibrio demográfico en favor de los han, que hace 60 años no representaban más que el 6% de la población local. Hoy, representan más del 40%, frente al 45% de los uigures.

Situada a más de 3 000 km al noroeste de Beijing, en la antigua Ruta de la Seda, es una tierra árida y pobre, sin embargo, posee en la Cuenca del Tarim la principal reserva de hidrocarburos de China. Unida al imperio chino en 1884, siempre ha mantenido aspiraciones independentistas. Hasta el siglo VIII, el estado uigur, que surgió en el territorio noroccidental de China, de hecho bloqueó las rutas comerciales del imperio hacia Samarkanda y Bujará e incluso más allá, hasta Constantinopla, influyendo de modo determinante en el desarrollo de la civilización china. En realidad, la historia de las relaciones entre el pueblo uigur y el han no ha sido especialmente pacífica y esto podría explicarse debido a la orientación de Beijing hacia los mares del sudeste asiático. El impacto de las transformaciones registradas en Afganistán y en Asia Central ha estimulado el independentismo desde los años noventa del siglo pasado, despertando inquietudes naturales en Beijing.

Sin embargo, la primera clave que se debe tomar en cuenta es la energética. La seguridad de China en este aspecto atraviesa Xinjiang. En 2009, se iniciaron seis importantes proyectos energéticos, que incluyen tres plantas de energía, una red de electricidad, una planta de gas natural licuado y una mina de carbón, con una inversión total superior a 23 000 millones de yuanes. El desarrollo del yacimiento petrolero de Tarim, en el sur, es fundamental para abastecer sus necesidades de crecimiento.

Recientemente se iniciaron en Dunshanzi, en la ciudad de Karamay, las obras de construcción de una reserva petrolera estratégica de 5.4 millones de metros cúbicos, cuyos tanques se llenarán principalmente con petróleo crudo de Rusia y Kazajistán (Xinhua, 25 de septiembre). Actualmente, China dispone de cuatro reservas petroleras estratégicas situadas en Zhenhai, Huangdao, Dalian y Zhoushan, y su objetivo consiste en almacenar una capacidad equivalente a 100 días de importaciones para el año 2020.¹³

China no pondrá en riesgo su control de Xinjiang o Tíbet. Son demasiado importantes y no admitirá en ningún caso que se ponga en peligro su integridad territorial, debido al temor a exacerbar todos los separatismos, lo que en su imaginario invoca los conflictos yugoslavos o la disolución de la URSS.

Rebiya Kadeer y la oposición uigur

Mujer de negocios y madre de 11 hijos (un privilegio a disposición de las nacionalidades minoritarias, que para sí quisieran muchos han, de acuerdo a la crítica oficial), Rebiya Kadeer vive en Estados Unidos desde que fue puesta en libertad en 2005 y ha sido acusada por China de ser la instigadora principal de los incidentes de julio. Actualmente, se encuentra a la cabeza del Congreso Mundial Uigur y en los últimos años se ha destacado en la denuncia del “genocidio cultural” de su pueblo. A raíz de este incidente, Kadeer ha reclamado una investigación

¹³ En china.org, 25 de septiembre de 2009.

internacional y lo ha hecho desde diferentes capitales del mundo (Canberra, Tokio, etcétera), en un pulso permanente con Beijing, que ha movilizado su diplomacia para tratar de evitar la concesión de visados de entrada, acusándola de “terrorista”. La emisión de un documental sobre su vida en el Festival de Cine de Melbourne ha enturbiado las relaciones con Australia e incidentes similares se han registrado en la Feria del Libro de Francfort (Alemania) y en otros lugares, donde a la par de la presencia china se desarrolla la protesta uigur y de otras nacionalidades, en especial, la tibetana. El Dalai Lama ha expresado su apoyo a las demandas uigures. Las presiones continentales, por otra parte, han forzado la decisión de Taipei de negarle el visado de entrada para atender una invitación cursada desde la ciudad taiwanesa de Kaohsiung.

China asegura que Rebiya Kadeer es un ejemplo claro de las bondades de su política étnica. Siendo uigur, fue la primera mujer en convertirse en millonaria, abriéndosele las puertas para una participación política. En 1995, fue elegida miembro de la Conferencia Consultiva Política del Pueblo Chino y representó a China en la IV Conferencia Mundial de Mujeres. Su marido, un antiguo preso político, se fugó a Estados Unidos; tres años más tarde, ella fue detenida bajo la acusación de divulgar secretos de Estado al extranjero, pues había informado a su marido de los disturbios registrados en Yining en 1997. Fue sentenciada a ocho años de prisión, sin embargo, fue liberada antes de cumplir la condena por motivos de salud, autorizándose el viaje a Estados Unidos para reunirse con su marido, al parecer, con la promesa de no “meterse en la política”. En 2006, fue elegida Presidenta del Congreso Mundial Uigur. La reacción en China no se hizo esperar: dos de sus cuatro hijos varones fueron detenidos de inmediato.

Lo cierto es que Rebiya Kadeer sólo representa a una fracción de la amplia y heterogénea oposición uigur, nutrida de una militancia islamista, que en los últimos años ha entablado estrechos contactos con fuerzas similares, especialmente de Asia Central, Pakistán o Arabia Saudita, estudiando en sus madrasas o militando en el Movimiento Islámico de Turkestán Oriental o bien, en el Partido Uigur de Asia Central, entre otras agrupaciones. Estas relaciones han puesto en alerta a la diplomacia

china, que naturalmente está interesada en fortalecer la cooperación antiterrorista con los países de la región.

El eco internacional de la crisis

Para China, hay tres principios que hoy día son esenciales: su sistema político —la soberanía nacional y la integridad territorial—, el crecimiento económico y el desarrollo social. El repudio a las intervenciones exteriores más o menos blandas, clandestinas o no, en asuntos relacionados con estos temas es tajante.

China insiste en reclamar su pleno derecho a gestionar la crisis como un problema exclusivamente interno. No obstante, preocupada por la reacción en el mundo árabe, las comunidades musulmanas de Medio Oriente y los grandes Estados musulmanes de Asia, incluida Asia Central, donde se registraron llamamientos al boicot a los productos chinos, rápidamente envió emisarios a todas las capitales para explicar la naturaleza del problema, especialmente en su vertiente religiosa: “los 22 millones de musulmanes de China cuentan con 43 000 mezquitas, de las que sólo en Xinjiang hay 24 000”. En Alma-Ata, miles de personas se manifestaron el 19 de julio en solidaridad con los uigures. La red magrebí de al-Qaeda amenazó directamente los intereses chinos en África del Norte para vengar a los uigures, en lo que supone la primera amenaza de este tipo a China.

En la reunión especial sobre la crisis de Xinjiang convocada por la Organización de la Conferencia Islámica, los cálculos políticos evitaron que se produjera algún tipo de pronunciamiento crítico, a excepción de Turquía, evidenciando el peso económico y la influencia diplomática de China. Siendo esa la actitud del poder, difícilmente podrían esperarse actitudes más combativas de las respectivas sociedades civiles, prácticamente destruidas y sometidas por los correspondientes regímenes. También la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) ha brindado su apoyo a China, en cuyo origen influyó la preocupación por hacer frente al desafío uigur.

El 30 de agosto, el ministro de asuntos exteriores Yang Jiechi recibía en Beijing a Zafer Caglayan, enviado especial del

primer ministro turco, para aclarar posiciones en cuanto al incidente y ajustar puntos de vista en relación a la lucha contra el terrorismo y el separatismo, en defensa de la integridad territorial. El primer ministro Erdogan habló de los disturbios como “un tipo de genocidio”, acusación que fue duramente reprobada por Beijing.

El propio Hu Jintao recibía semanas antes al príncipe heredero de Abu Dhabi, Mohammed bin Zayed al-Hahayan, con el objeto de resaltar la comprensión existente entre China y los países islámicos y revalidar la aceptación de que el problema de Xinjiang es un asunto interno.

La respuesta de los países occidentales también fue comedida: condena de los hechos, preocupación por lo sucedido, pero guardando las distancias con los “revoltosos”. No obstante, pudiera haber quedado de manifiesto cuál es el talón de Aquiles que puede hacer peligrar la estabilidad del proceso de emergencia de China, revelando a todas luces que el de las nacionalidades minoritarias debe ser un asunto central de la agenda política, especialmente, una vez que Beijing ha logrado encauzar las relaciones con Taipei. Sin duda, es uno de sus mayores desafíos a futuro.

En los primeros días de julio, los ataques contra las misiones diplomáticas de China se sucedieron en Los Ángeles, Munich, Washington, Ankara, La Haya, Oslo, Canberra, Tokio y Estocolmo. Hay comunidades importantes de uigures en Alemania, Suecia y Estados Unidos. Se estima que unos 20 millones de personas integran la diáspora uigur.

La administración de Obama pidió a China que no presionara a los familiares de Rebiya Kadeer, sobre quienes pesarian avisos de expulsión e intentos de demolición de sus viviendas. Familiares de Rebiya Kadeer habrían suscrito cartas y comparecido en la televisión china para pedirle que dejara de “organizar actividades terroristas” en Xinjiang. Desde Australia, Rebiya acusó a Beijing de practicar la tortura psicológica contra sus hijos. No obstante, la oposición uigur se ha mostrado “perpleja y decepcionada” con la actitud de la Casa Blanca, siempre más proclive a defender a los tibetanos que a los uigures. Rebiya Kadeer, quien se reunió con George W. Bush, desatando naturalmente la ira de Beijing, demandó a Washington la apertura de

un consulado en Urumqi. La comisión estadounidense de libertad religiosa reclamó a Obama sanciones contra China debido a la represión en Xinjiang. Por otra parte, el Comité para la Eliminación de la Discriminación Racial de la ONU pidió a China evitar el uso desproporcionado de la fuerza, garantizar un proceso equitativo a las personas detenidas en los disturbios y que respete el principio de presunción de inocencia.

El eco internacional de las reivindicaciones uigures no es el mismo que el logrado por los tibetanos. Su fe musulmana alimenta las reservas de amplios sectores en el exterior, pero, sin duda, estas dos nacionalidades encarnan la resistencia, más violenta en un caso y más pacífica en otro, a los procesos de sinización impulsados de facto por el gobierno chino. Pero la imagen de China sufre en el exterior con estos problemas. Las críticas occidentales hacen crecer sentimientos de hostilidad entre los han, que todo lo reducen a un complot exterior contra China, lo que facilita la rápida dilapidación del capital de simpatía, poco o mucho, que pudieran tener estas nacionalidades minoritarias, enturbiando el diálogo y la comprensión bilateral.

Los disturbios de Xinjiang preocupan mucho a la dirección del país. En la reunión de Secretarios provinciales del PCCh celebrada el 30 de julio, el gobernador de Guangdong, Wang Yang, aliado de Hu Jintao, quien visitó y consoló a los uigures heridos en el incidente desatado en su provincia, antes del 5 de julio, destacaba la evidencia de que la gestión de los problemas de las nacionalidades minoritarias debía ajustarse y mejorarse, porque si no, habría nuevos problemas, afirmación que contrasta con la versión oficial de que la situación está bajo control. Pero reducirlo todo a la acción de las tres fuerzas maléficas (extremismo, separatismo y terrorismo), habitual en el lenguaje político chino, resulta insuficiente y vacío para explicar la complejidad de la situación.

Estos hechos no son un episodio puntual. Aunque los disturbios son los más graves en mucho tiempo, lo cierto es que durante el pasado año se multiplicaron los incidentes con grupos terroristas, al igual que las denuncias de la represión po-

lítica y religiosa auspiciada por Beijing, con la excusa de la lucha contra el terrorismo.¹⁴ Sólo un mes antes del incidente, el gobierno había anunciado el desmantelamiento en la región de siete células terroristas desde principios de año. El 4 de agosto de 2008, en Kashgar, dos terroristas segaban la vida de 17 policías y otros 15 quedaban malheridos, cuatro días antes de la inauguración oficial de los Juegos Olímpicos. Seis días más tarde, una cadena de explosiones se producía en Kuqa, dejando un saldo de dos muertos. La destrucción de campos de entrenamiento de terroristas en la meseta de Pamir y las acciones desesperadas de éstos protagonizan la noticia con relativa frecuencia. Las autoridades han reconocido el auge de estos movimientos, experimentado en los últimos dos años.

La insuficiente explicación de lo sucedido y la falta de autocrítica nutre, por otra parte, el recelo de la mayoría han en otras zonas del país, ante la imposibilidad de entender el comportamiento de unas minorías que gozan de más derechos que ellos. Incluso se ha dado el caso, como en Chongqing, de que estudiantes han, han llegado a falsificar su origen étnico con el objeto de hacerse de puntos adicionales para facilitar su acceso a la universidad y mejorar sus expectativas en el *gao kao*, el examen nacional de admisión, un trato preferencial sólo dispensado a las nacionalidades minoritarias.

Hu Jintao tiene la convicción de que el progreso material asegura la estabilidad y sin duda, es una condición necesaria, pero no basta. El trato a las nacionalidades minoritarias en China alterna la represión y el paternalismo, pero carece de un diseño político que sugiera para ellas un protagonismo de nuevo tipo que les reporte dignidad y oportunidades en el ejercicio público, sin más interferencias que las previstas dentro de un marco legal, que hoy día adolece de numerosas carencias formales y conceptuales. El catálogo de derechos formalmente reconocidos a las nacionalidades minoritarias en la legislación china vigente es una modalidad de discriminación positiva que, a modo de concesión, no ha generado una evolución apropiadora de su destino; más bien, tiende a servir de exhibición del “buen trato”

¹⁴ Xinhua, 6 de julio de 2009, “Historia de las alteraciones del orden público en Xinjiang”.

formal dispensado por los líderes “hermanos mayores” chinos, por lo que deberían mostrar siempre un singular reconocimiento, motivando incluso el celo y la envidia en la mayoría han.

China tiende a observar sus problemas nacionales con esa doble actitud: una incomprensión absoluta de las protestas, dado que las nacionalidades minoritarias gozan de “más” derechos que la mayoría han en algunos ámbitos (natalidad, acceso a la educación, representación política, etcétera); y una denuncia de la implicación de fuerzas externas (en este caso, del Congreso Mundial Uigur) con el objetivo de alterar la estabilidad y dañar la convivencia, eligiendo para ello fechas cargadas de especial significación y simbolismo, ya sean los Juegos Olímpicos o la celebración del sexagésimo aniversario de la fundación de la República Popular. Muy extraordinariamente, los líderes consideran que el problema central que está en el origen de hechos como éste, mucho más allá de las circunstancias concretas de este caso, radica en la propia concepción del Estado y en las políticas autónomas promovidas en los últimos años. Y en esas políticas se destaca cada vez más la dimensión antropológica, pseudorreligiosa y cualquiera otra menos la propiamente política. Los líderes confían en que la mezcla de paternalismo y desarrollo pueda operar el milagro de la aceptación de su dominio, en la suficiencia de una relativa e irregular tolerancia religiosa y cultural, convertida en un parque temático para el consumo turístico.

La tensión que late en Xinjiang es inseparable de la inagotable invasión demográfica de la mayoría han, pero también de la imposición de un modelo económico de corte neocolonial y de la fuerte desconfianza interétnica, circunstancias que pueden convertir una mínima chispa en un incendio pavoroso. Ni la fuerza bruta ni la inversión de miles de millones de yuanes garantiza la integración de Xinjiang (como de Tibet) a China, como tampoco podrá conseguirse por la vía de ocupar ambas regiones con población han.

China no puede quedarse al margen del resurgimiento de los particularismos que se expanden por todo el mundo. La obsesión por la uniformidad, exhibida en su pertinaz propaganda pro han y reforzada con la rigidez de la centralización

política, es fuente segura de conflicto. La falta de flexibilidad se puede apreciar hasta en aspectos anecdóticos como el huso horario vigente en la zona, el mismo de la capital, aunque los residentes locales no lo respetan, reduciéndolo a dos horas.

El tirón desarrollista de las décadas de reforma y apertura es asumido por la mayoría han como un elemento modernizador que contribuye a la mejora general de su estatus, acercando el logro de la prometida existencia relativamente acomodada. En ese proceso, el propio gobierno ha incentivado la colonización de las áreas más atrasadas del país, no por casualidad, con predominio de presencia de nacionalidades minoritarias. Ello, en un esfuerzo por reducir los desequilibrios territoriales, para redistribuir los beneficios de la modernización en curso y también para poner en explotación los importantes recursos naturales de todo tipo que abundan en dichas zonas, y que hoy son imprescindibles para asegurar que la caldera del crecimiento funcione a toda máquina.

Esa lógica ha facilitado la mejora de ciertos índices y el aumento de las cifras absolutas en muchos dominios, pero también es verdad que los protagonistas del cambio son, en su mayoría, inmigrantes procedentes de otras zonas de China que poco a poco van reduciendo a una categoría de anécdota, el tradicional *modus vivendi* local. La nueva conquista del Oeste promovida por el gobierno chino desde hace una década ha orillado una vez más la importancia de las colectividades nacionales locales y se ha apropiado del cambio, sin que sus teóricos beneficiarios puedan sentirse parte de él, convencidos de que lo celebrarían sin rechistar.

Practicando un “paternalismo desconfiado”, el gobierno chino calcula que superando la pobreza y el atraso, causas del descontento, el desarrollo puede ser un poderoso modelador de identidades, uniformador de formas de vida y destructor de las diferencias, reducidas, en este caso, a una diversidad a la baja, la cual carece de operatividad y expectativas reales, y lamentablemente, está condenada a la curiosidad museística. No obstante, las tensiones que tal proceso está originando, frente a la hipótesis de la sumisión “natural” derivada de ese progreso, sugieren una exacerbación de las respectivas identidades, viviendo cada una de espaldas a la otra.

Cambiar el modelo de desarrollo, empeño que hoy anima las preocupaciones esenciales del gobierno central chino, no sólo significa prestar más atención al medio ambiente o a la innovación tecnológica, sino que debe suponer también conceder mayor importancia al factor social, una dimensión ya considerada en la agenda, pero que no puede ignorar las perspectivas culturales y de identidad que puedan tener otras nacionalidades, con otras concepciones de desarrollo, arraigadas en su territorio y su forma de ser, y que hoy pueden sentirse arrinconadas, cuando no simplemente despreciadas. Conformarse con eludir la situación en estas condiciones es la mejor receta para que tan graves hechos puedan volver a repetirse.

Beijing, pese a que dispone de cinco grandes regiones autónomas, no cree en la autonomía real por miedos y recelos hacia el autogobierno. Xinjiang, como Tibet, es formalmente autónomo, dispone de órganos propios en los que se cuida de expresar la representatividad tan heterogénea de su amplio territorio, pero todos saben que el poder real es ejercido desde la organización territorial del PCCh, con un han al mando, Wang Lequan en este caso, a imitación de los gobernadores que en su tiempo enviaba el emperador a las tierras más lejanas y remotas, con la misión de mantener el orden y vigilar las fronteras del reino. En tanto las nacionalidades minoritarias, muy especialmente aquellas —como la uigur— que se resisten a la sinización, no dispongan de mecanismos efectivos para desarrollar su identidad en condiciones favorables, este tipo de crisis irá en aumento. Pensar que la modernización en curso puede moderar estas reivindicaciones es una ilusión que, como se ha visto, puede costarle caro al régimen y ser causa de grandes desgracias.

¿A qué se debe la parálisis en la política de nacionalidades, cuando en tantos otros campos China ha realizado un esfuerzo de adaptación y creatividad constante? El atolladero en que se encuentra la política en materia de nacionalidades del gobierno chino y del PCCh es, directamente, una consecuencia tanto del interés mostrado por reducir la dimensión del problema a categorías como la economía, la religión, la cultura o el turismo, como del empeño en evitar la dimensión política del conflicto. El desarrollo económico, por sí solo, no va a suprimir

el apego a las identidades respectivas, del mismo modo que el auge experimentado por China en los últimos 30 años no ha conducido a una asunción ciega del discurso occidental sino, al contrario, se está convirtiendo en el soporte de un nuevo impulso a la identidad china han, incluidas sus raíces confucianas. Esa deliberada subvaloración de la importancia de los problemas nacionales y la prioridad otorgada a otros asuntos, económicos esencialmente, está a punto de conducir al colapso en esta materia.

Beijing ha logrado sinizar la mayor parte de las 55 nacionalidades minoritarias del país, convertidas, en su mayoría, en protagonistas de parques temáticos que producen hilaridad. Ellas están a la espera de un turismo depredador. A lo sumo, son usufructuarios preferentes de sus maravillas geográficas y naturales, aunque no siempre sin conflicto, como ocurrió recientemente en las Cataratas de Huangguoshu, las mayores del país, situadas en la región autónoma de Guizhou, donde también los campesinos de la nacionalidad zhuang se enfrentaron a las autoridades. Esa sinización es, en cierta medida, otra expresión de fracaso de una política supuestamente orientada a proteger la diversidad étnica.

El efecto bola de nieve preocupa a Beijing. En la vecina Tíbet, donde las imágenes de Urumqi transmitidas por la televisión china recordaban los disturbios de marzo de 2008, el Ejército, temeroso del contagio, movilizó a miles de efectivos por tierra y aire para impedir cualquier hipotética extensión del conflicto. Pero la prevención debiera ir mucho más allá, impulsando una reflexión que actualice los enfoques y las políticas, arbitrando medidas lo suficientemente audaces como para restablecer el equilibrio en las relaciones interétnicas. Hu Jintao hace bien en preocuparse. No le queda mucho tiempo para corregir tan peligroso rumbo.

¿Puede China frenar el secesionismo? ¿Cómo puede lograrlo? Dos vías están sobre la mesa. La primera consiste en acentuar el proceso actual, es decir, acelerar la vía de la asimilación cultural de las nacionalidades minoritarias, reforzar el dominio y presencia de los cuadros han en los gobiernos regionales y provinciales de las zonas autónomas, impulsar la creación de barriadas mixtas, consideradas menos conflictivas,

promover la emigración de las nacionalidades minoritarias a otras zonas de China con el argumento del empleo, favorecer los matrimonios mixtos. Todo ello con el objeto de urgir una plena y más fácil y rápida dilución de las culturas resistentes —fundamentalmente la uigur y la tibetana— y facilitar el avance dominante de la cultura han.

El otro camino apunta en un sentido totalmente contrario. Significa apostar por la modernización de la arquitectura institucional china, sugiriendo fórmulas que permitan avanzar en el autogobierno de las nacionalidades minoritarias, en la asunción de responsabilidades, en la plasmación de un código de conducta basado en la lealtad y en el respeto mutuo, formalizando y reforzando cada vez más el sistema autonómico y dotándolo de contenidos, normas e instituciones que permitan el desarrollo de las respectivas identidades. Veremos cuál de las dos se impone.

Desde el exterior, no se favorece el análisis de China si se reduce la naturaleza del problema a maniobras subversivas de la CIA, o bien si uno se complace con el discurso oficial, carente de matices y que no atiende la reivindicación de la tolerancia y la integración en el país. Asimismo, esto conlleva el riesgo de reducir al Congreso Mundial Uigur, a Reibiya Kadeer y a la pluralidad de voces existentes en dicha oposición, e igualmente, de caer en un maniqueísmo interesado en equiparar la defensa de la identidad nacional con la política oficial relativa a la etnicidad, ejercida con violencia y terrorismo. Por ello, no cabe secundar independentismos de signo teocrático; más bien, habrá que alertar del progresivo distanciamiento entre la realidad y el discurso oficial, lo cual será fuente de nuevos problemas.

Entre la intransigente defensa de una soberanía estatal, que tiende a la uniformidad y el secesionismo, existe un amplio margen para arbitrar fórmulas y espacios de entendimiento que favorezcan una reestructuración del autogobierno de las nacionalidades minoritarias. Este tema debe figurar en la agenda política china y debería facilitar la discusión interna, sin temer las disensiones naturales que a través del debate democrático pudieran traslucirse. Así acontece en China con la política económica, social o demográfica. Entonces, ¿por qué no en relación

a las nacionalidades minoritarias? Por otra parte, la intelectualidad china tiene un papel crucial que desempeñar. Necesita ser coherente con las ambiciones de una mayor profundización democrática y alejarse de cualquier chovinismo, a fin de alejar el cisma cultural y político que da lugar a los disturbios, propiciando un gran debate sobre las identidades y las causas de los conflictos que emergen de una frustración evidente, por parte de amplios sectores de las poblaciones locales. ❖

